

PROMOCIÓN 94Por FRANCO MEDINA¹

Aquella tarde de julio me encontraba nuevamente ante esa puerta verde. La puerta pertenecía a la escuela en la cual yo había cursado toda mi primaria. Y cuando la traspasé y me encontré del otro lado –en la escuela propiamente dicha–, más de dos décadas parecían haber caído en mis hombros. Hacía más de veinte años que había terminado mi séptimo grado y jamás había vuelto a la misma. De hecho, tampoco volví a entrar al recinto donde cursé mi secundaria; y si volví algunas veces a la universidad una vez recibido fue porque allí conseguía libros a buen precio.

Creo que las cosas tienen su final. Siempre pienso la vida en términos de burbuja. La burbuja de la primaria con los primeros amigos y los primeros amores. La burbuja de la secundaria que, creo yo, es la mejor etapa de nuestra vida. La burbuja de la universidad. La del trabajo. La de las actividades por fuera. Una vez que se va reventando cada burbuja, todo lo que ella traía va quedando detrás. Sin rencores y sin desmerecimientos. A veces, el naufragio nos deja algún amigo o amiga, pero suele suceder pocas veces.

Sin embargo, no toda la gente piensa como yo. De algún modo, me alegra que sea así. A veces, no siempre. Como, por ejemplo, no me alegró demasiado el llamado de aquel antiguo compañero de la primaria que había conseguido mi número vaya a saber cómo. Es cierto que hoy en día se vuelve cada vez más difícil volverse anónimo o mantener cierta privacidad sobre los planes de uno, porque más allá de que yo evite subir una foto haciendo un trencito en un casamiento (¡Horror!), siempre va a haber otro a quien le parecerá que esa foto hay que compartirla al mundo y, así, chau intento de seguir en el anonimato.

En fin, aquel llamado me tomó de sorpresa. Después de los saludos de rigor, mi excompañero me comentó que estaba tratando de localizarnos a todos los de aquel séptimo para organizar una juntada por los veinticinco años de la finalización de nuestra escolaridad primaria. Veinticinco años. Nunca había reparado en la cantidad exacta. Tal fue la sorpresa inicial que le dije que sí, que claro,

¹ Franco Medina nació en Capital Federal. Desde el 2011 reside en tierra rionegrina. Ha trabajado en varios puntos de la provincia. Actualmente vive en Viedma. Suele repetir que en esa travesía, siempre estuvo detrás de algo que nunca supo cómo nombrar, pero todos saben que se refiere a plata. En sus tiempos libres se dedica a la literatura y, también, a la música, lo que hace que sus allegados le recomienden pasar más tiempo ocupado. Está juntando dinero para publicar su primer libro de cuentos y pronto comenzará a juntar más, para hacer que la gente lo lea. Se gana la vida trabajando como psicólogo en Salud Pública, aunque en este último tiempo se encuentra aguantando el empate colgado del travesaño.

que contarán con mi presencia y que sería un lindo encuentro. Todo lo contrario de lo que quisiera haber dicho; todo. Mi excompañero se sintió satisfecho con la respuesta y, afortunadamente, la conversación no duró mucho más.

Durante algunos días me quedé enojado conmigo mismo por haber dado esa respuesta. Siempre me parecieron un tanto siniestros esos encuentros de egresados de equis año. ¿Cuál es la idea que subyace a tales encuentros? No puedo dejar de pensar que es morbo. No puede haber otra. Al menos del que organiza. El resto de los asistentes quizá acude con una idea un poco inocente de recuperar algo que se perdió hace tantísimos años, pero la persona que organiza estos eventos, algún tipo de morbo debe cargar en sí. Si uno va buscando aquel amigo de tantos recreos, y en vez de encontrar a ese flaquito de flequillo le aparece este gordo pelado que fuma casi tanto como habla de negocios, y que acá el que no trabaja es porque no quiere y saca su celular y habla fuerte; y, bueno, discúlpenme, pero ese señor no es para nada mi compañero. Solo alguien con un placer oculto puede disfrutar de ese espectáculo.

Sin embargo, no es solo Arregui el que ha dejado de ser ese chico para convertirse en eso que vaya a saber qué es. Lo que más angustia es pensar en cuánto habrá cambiado uno. Qué verán en mí aquellos que me conocieron en mi primera década ahora que soy lo que soy. Porque siendo sincero, ninguno piensa que ha cambiado demasiado. La gran mayoría se sigue sintiendo como aquel chico de hace veinticinco años atrás. Si algo ha cambiado, deben ser los demás. Lamentablemente, no es así. Arregui también cree que no ha cambiado. Y sin embargo...

Cuando yo creía superado el dichoso asunto, dos semanas después del llamado me vuelve a llamar este compañero con fecha y lugar del encuentro. Ni siquiera me dio oportunidad de inventar una excusa. Nos encontraríamos el próximo sábado a eso de las ocho de la noche. Y, como guardando la frutilla del postre, el encuentro se realizaría en la escuela donde nos vimos por primera vez. Y también por última, hasta ese momento. Me dijo que, al estar en vacaciones de invierno, el trámite se había facilitado y otras cosas más que ya no recuerdo porque me quedé ensimismado con la invitación.

Cuando el organizador de toda esta cuestión colgó el teléfono, supe inmediatamente que no iría a ese encuentro. Por las cosas dichas más arriba y porque, además, ni siquiera parecía importarle si podía o no. Afirmarme a mí mismo la no asistencia al evento me tranquilizó en el momento, pero solo en el momento. El resto de los días seguía cargando con esa invitación a costas. No había un momento en que no dejara de pensar. Los pensamientos iban desde volverme a confirmar que no iría por nada del mundo a pensar que tal vez me estuvieran esperando y que, en definitiva, tampoco me costaría tanto. A lo mejor, incluso, podría luego escribir sobre ese encuentro. Mi cabeza no me dejó

en paz todos aquellos días, hasta que una noche, mientras cenaba y miraba una serie de detectives, me dije a mí mismo que estaba bien, que sí asistiría y que me dejara ya en paz con el asunto.

Así que allí estaba yo ese sábado. Frente a la puerta. Y, un segundo después, la puerta a mis espaldas y el pasado en un pasillo largo que terminaba en un patio. Un patio desde donde se oían voces. Caminar por allí fue el primer contacto con algo que yo creía olvidado y enterrado. A lo mejor porque el hall estaba algo cambiado o decorado de otra manera, pero los pasillos no suelen cambiar demasiado. La falta de luz, además, seguía igual.

Cuando estuve del otro lado, giré mi cabeza a la izquierda para ver la oficina donde siempre funcionó la dirección. Durante mis siete años, la directora de la escuela siempre fue la misma y a lo mejor porque uno era chico, pero esa señora siempre me causó algún tipo de temor. Como casi cualquier figura de autoridad. Me olvidé pronto del asunto porque ya casi estaba en el patio y caminando hacia ese grupo de personas que me veían llegar.

Cuando empecé a saludar uno por uno me sorprendió bastante reconocer a esas personas y recordar sus nombres. Y, sobre todo, que ellas recuerden el mío. Algunas lucían muy cambiadas y otras parecían batallar contra el tiempo en una guerra que ya sabían perdida. Aun así, el intercambio fue sincero y bastante más ameno de lo que esperaba. Una excompañera me preguntaba si era yo el que escribía, ya que se había topado con algunas cosas en internet que le habían gustado. Le dije que sí escribía pero que dudaba que fuera el mismo que ella había leído dado su entusiasmo y sus elogios. Se rió y me pidió que le avisara cuando el próximo libro estuviera en las calles.

El compañero que me había convocado apareció saliendo de la cocina con bebidas, al verme se acercó sonriendo y me dio un abrazo como si fuéramos amigos de toda la vida. Me agradeció mucho que hubiera ido y me pasó un vaso con cerveza. Luego les dijo a todos que esa sería una noche con muchas sorpresas. Nos quedamos en el patio charlando hasta que llegaron los últimos que faltaban. Cuando finalmente arribaron, luego del saludo general, el anfitrión mostró un manajo de llaves y anunció que la primera sorpresa estaba en marcha. Luego pidió que lo siguiéramos.

La puerta se quejó un poco por aquella intromisión nocturna, pero pronto dio el paso a lo que había sido nuestra aula en aquel último año. El compañero anfitrión se había encargado previamente de quitar las cosas que resultaran anacrónicas para que el golpe de emoción fuera aún mayor. A mí, lo primero que se me vino en mente es que esa aula era muy chica con respecto a la que recordaba, sin embargo se ve que eso le pasó a varios, ya que fue un comentario común. Casi automáticamente, cada uno fue acercándose a su pupitre de aquel año. Luego, los que no lo habían hecho fueron conducidos hasta el mismo por nuestro anfitrión.

Nos pidió a todos que nos sentáramos y él mismo así lo hizo en aquel lugar que ocupaba hace veinticinco años atrás. Entonces pidió una especie de rueda de reconocimiento en silencio. Allí estábamos. Ninguno había faltado. Los veinticuatro alumnos de los veinticinco que éramos nos encontrábamos sentados de la misma manera que hacía más de dos décadas atrás. Todos estábamos al tanto del fallecimiento de Carlitos Roa en aquel trágico accidente. Yo pensaba que, de no haber mediado la tragedia, seguramente él hubiese sido uno de los más entusiasmados con la idea de ese encuentro. Entonces nuestro compañero nos pidió que aguardáramos sentados en el lugar y que él ya volvería con la segunda sorpresa.

Pasaron cuatro minutos exactos cuando lo vimos regresar. Traía algo en sus dos manos que, al principio, no vi bien de qué se trataba, pero, cuando pude distinguirlo, un frío como hielo me recorrió todo el cuerpo. Era una urna. Una urna para cenizas. Nuestro anfitrión explicaba que no le había costado mucho convencer a la madre de Roa de que le prestara a Carlitos, que finalmente ella sabía que su hijo disfrutaría mucho con una reunión así, por lo que lo terminó cediendo.

Luego se acercó al pupitre que quedaba vacío y situó allí la mencionada urna. Para colmo, Carlitos Roa se había sentado al lado mío aquel año. Así que allí estaba yo, con gente que hace veinticinco años que no veía, sentado en un pupitre que no recordaba tan incómodo y con una urna funeraria que llevaba las cenizas de uno que había sido un compañero. Entonces, el anfitrión dijo que ahora sí estábamos todos y pidió un aplauso general, al cual no llegué a sincronizar. Inmediatamente anunció que se venía la tercera sorpresa. Tragué saliva.

El aula dónde estábamos se encontraba en un primer piso. La ventana daba al patio del recreo. En ese piso no había más nada. Después de que fuera anunciada la tercera sorpresa, nuestro compañero fue hasta la puerta y la abrió. Esta vez él no salió, y casi al instante todos empezamos a escuchar pasos de alguien que venía subiendo por la escalera. Pasos lentos. Casi como una letanía. Pero constantes. Cuando los pasos cesaron, nuestro anfitrión volvió a pedir un nuevo aplauso, esta vez para la señorita Alicia que había tenido la gentileza de venir.

Y debajo del dintel de la puerta, se situó aquella señora, quien ya era grande cuando era nuestra maestra. La piel pegada a los huesos dejaba ver cada una de las venas que la recorrían. Sin embargo, la señorita Alicia no necesitaba de ninguna ayuda externa para movilizarse. Lo hacía despacio, pero lo hacía ella sola. Nuestro compañero anunció, entonces, que, para que podamos sentirnos como hace veinticinco años, la señorita Alicia iba a hacernos el favor de darnos una clase.

Yo quedé estupefacto, aunque los demás rieron con ganas y asintieron con mucho entusiasmo. La clase sería de lengua. Y entonces, como si no hubieran pasado veinticinco años, la señorita Alicia preguntó si habíamos hecho los deberes. Y el resto, supongo yo que para seguir con el juego, gritó

que sí. Nuestra maestra asintió satisfecha, pero a continuación dijo que revisariáramos esa tarea. Y entonces escuché mi apellido salir a través de sus labios e, increíblemente, volví a sentir ese sudor frío recorriéndome la espalda de cuando me llamaban para pasar al frente.

La señorita Alicia extendió su mano para señalarme y para luego apuntar hasta un lugar vacío enfrente del pizarrón, dándome a entender que tendría que acercarme hasta allí. Yo ya no sabía qué hacer. Si pasar, si no pasar. Con la mejor sonrisa que pude hacer le dije que lo lamentaba, pero que no había llegado a hacer la tarea. La maestra, entonces, puso una cara de decepción que a mí no me pareció para nada una impostura y me dijo que, de seguir así, yo no llegaría a ningún lado.

Siguió hablando y dijo que practicaríamos comprensión de texto. Que ella leería y luego nos haría preguntas sobre dicha lectura. Personalmente, creía que esto ya iba demasiado lejos y así se lo dije a Sánchez, quien estaba a mi derecha. Además le dije que ya tenía hambre y si él sabía a qué hora comeríamos. Sánchez me miró y me hizo el gesto universal del silencio. Se hallaba compenetrado con la voz de la señorita Alicia, quien leía algún cuento infantil.

Sin embargo, la maestra se dio cuenta al instante de que yo había hablado y me mandó a callar. Me crucé de brazos, resignado a escuchar, pero realmente tenía la mente dispersa con todo lo que venía sucediendo. Encima, mis excompañeros parecían disfrutar mucho de ese momento sin ningún tipo de cuestionamientos. Instintivamente miré para mi izquierda y le dije a Carlitos Roa –a lo que quedaba de él– que él sí que la había hecho bien y que en ese momento yo lo envidiaba mucho. Se ve que lo dije en voz alta porque la señorita Alicia paró de leer al instante, se puso de pie y empezó a gritar que siempre era lo mismo con nosotros dos, que siempre estábamos dispersos y no prestando atención. Y, sin más preámbulos, nos mandó a Carlitos Roa y a mí a la dirección.

Yo otra vez me quedé sin saber qué hacer. La señorita Alicia dijo que no continuaría hasta que nosotros saliéramos y el resto del aula me miraba con cara de que hiciera caso. Así que me paré, agarré la urna de Carlitos y salí del aula.

Mientras bajaba con la urna de Carlitos Roa en la mano, trataba de encontrarle una respuesta a todo lo que estaba pasando. ¿Todas las reuniones de egresados serían así? Nunca había ido a ninguna y en ese momento me pareció que era lo más inteligente que había hecho hasta ese momento. Claro que, igual, yo no iba a ir a ninguna dirección. Me iba a ir a mi casa y a bloquear todo tipo de llamada de gente que no estuviera en contacto conmigo desde un año para atrás. A veces el pasado es mejor dejarlo donde está.

Sin embargo, cuando ya había atravesado el patio, vi colgada muy cerca de la dirección una foto nuestra que probablemente habría colgado nuestro anfitrión. La foto no era la de séptimo, sino la de cuarto grado, pero estábamos todos. Hacía mucho que yo no veía una foto mía de chico. También

allí estaba Carlitos, ignorando el destino que le aguardaba. Se lo dije mientras no dejaba de ver la foto. Le dije, además, que le quedaba muy bien ese jopo que usaba en ese entonces. Y ahí, mientras estaba ensimismado con la foto, escuché el picaporte de la puerta de la dirección. Se accionaba muy lentamente. Cuando miré, la puerta ya se estaba entreabriendo. Entonces supe con total certeza que nunca más volvería a una reunión de excompañeros.

Un chirrido se escuchaba con cada centímetro que la puerta se iba abriendo. Un chirrido que no venía de una bisagra no aceitada, sino de veinticinco años en silencio. Y, cuando detrás de la puerta se empezó a dibujar una figura reconocible, no pude más que huir como nunca antes en mi vida. Llegué a agarrar la urna de Carlitos Roa y correr desesperado a la puerta. Con la estampida, la urna se abrió y algunas cenizas fueron a parar a mi cara, otras al piso del hall.

Más tarde pensé que a Carlitos le gustaba la escuela, así que no está mal que un pedazo de él haya quedado ahí. El resto, con su urna, todavía está en mi casa. Hasta ahora, nadie vino a reclamarla. Cuando tengo que salir, dejo puesto en la tele la colección completa del Pájaro Loco. A Carlitos siempre le gustó.